

muertos y enfermos produjo una impresion terrible en el moribundo ministro.

Una escena que tuvo con el embajador de Rusia, M. Pozzo di Borgo, acabó de matarle.

—El emperador mi amo, *no quiere*, habia dicho aquel en una discusion con el ministro.

—*No quiere?* exclamó Casimiro Perier,—decid á vuestro amo que la Francia no recibe órdenes de nadie, y que mientras viva Casimiro Perier no tomará consejos para obrar mas que de sí mismo y de su honor,

Un amigo de Casimiro Perier, M. Milleret, entraba justamente en la pieza del ministro en el momento en que M. Pozzo di Borgo salia muy agitado. Encontró al ministro lívido y colérico.

Se detuvo asustado mirando á Casimiro Perier con inquietud.

—Oh! sí, miradme! miradme! le dijo éste—estoy perdido, me han matado!

En efecto, el 16 de Mayo de 1832, Casimiro Perier habia muerto.

—Casimiro Perier ha muerto!—repitió el rey cuando le dieron la noticia.—Será esto un bien? Será un mal? El porvenir nos lo dirá.

La víspera habia muerto Cuvier, nacido en el mismo año que Napoleon, y que dejaba en las ciencias un nombre casi tan imperecedero como el de Napoleon en la guerra.

CAPÍTULO IV.

LA herencia que dejaba Casimiro Perier era bien pesada. Se componia de dos guerras civiles.

De la guerra civil realista, y de la guerra civil republicana.

Comencemos por la primera: veámosla abandonar la Inglaterra, atravesar la Alemania y la Suiza, detenerse en las orillas del Mediterráneo, desembarcar en Marsella, trazar un surco á través del mediodía, y venir á tronar y á extinguirse en el Oeste.

En Saint-Cloud la duquesa de Berry habia propuesto al rey Carlos X tomase al duque de Burdeos en sus brazos, y precedido del primer general que consintiera en servirle de guia, ganar la capital y colocar á su hijo en brazos de los parisienses.

El rey habia rehusado.

Diez y ocho años mas tarde, en circunstancias semejantes, la duquesa de Orleans debia hacer á Luis Felipe igual proposicion, y Luis Felipe debia rehusar aceptarla como habia rehusado Carlos X.

Llegado á Inglaterra, Carlos X hizo alto en Lucworth, y

allí firmó y redactó una acta que ratificaba las abdicaciones de Rambouillet.

Entonces fué cuando la duquesa de Berry manifestó al rey sus proyectos sobre la Vendée.

Cárlos X sacudió la cabeza: la desgracia le habia vuelto incrédulo. Sin embargo, no creyó deber rechazar este último camino abierto á la fortuna de su nieto, y nombró regenta á la duquesa de Berry.

La duquesa de Berry se embarcó luego que recibió sus poderes, atravesó la Holanda, remontó el Rhin hasta Mayence, ganó á Génova, donde el rey Cárlos Alberto la prestó un millon, pasó del Piamonte á los estados del duque de Módena cuyo príncipe reinante, segun se recordará, no habia querido reconocer á Luis Felipe, y que ofreció á su disposicion para que fijase su residencia en su palacio de Massa.

En Massa fué donde se preparó la espedicion de la Vendée.

Tres opiniones dividian al partido legitimista.

MM. de Chateaubriand y Bellome, gefes de la primera, creian que nada se podia hacer sino era por medio de las vias parlamentarias y legales.

El rey Cárlos X y M. de Blacas estaban á la cabeza de la segunda: estos lo esperaban todo de la intervencion de las potencias extranjeras.

La tercera, que tenia por órganos á MM. de Bourmont, al conde de Kergorlay, al duque de d'Escars y al vizconde de Saint-Priest, adoptaba, por aventurados que fuesen, todos los proyectos de la duquesa de Berry.

Se habia resuelto, por lo demas, que todas las tentativas se hiciesen con franceses, y por franceses.

Sin embargo, como se comprende bien, la policia de Francia no habia perdido de vista á María Carolina: fijos los ojos en la pequeña corte de Massa, Luis Felipe dictaba las órdenes mas precisas.

Estas órdenes eran las de entretener una cruzada en las aguas del Mediterráneo para velar sobre las tentativas de la duquesa de Berry. Si algun buque parecia sospechoso, debian apresarlo, y si se apoderaban de la duquesa, conducirla á Córcega donde se esperarían las instrucciones del gobierno.

Hácia principios del año de 1832 la duquesa de Berry recibió una carta de M. de Metternich. El príncipe la anunciaba que su presencia en Massa era peligrosa, que el gobierno francés velaba sobre ella, y que debia poner en planta sus proyectos con la prudencia mas completa.

Despues de haber redactado una proclama para el ejército, una ordenanza para la organizacion de un gobierno provisional y otra sobre los vinos y la sal, la duquesa de Berry decidió que la marcha se verificaria el 24 de Abril.

El 22 se le avisó al duque de Módena.

Debían dejar á Massa con el pretesto de hacer un viaje á Florencia. Además, las personas que debían embarcarse con María Carolina, se habían dirigido con anticipacion á Liorna.

Madama dejó el palacio de Massa el dia 24 al *Ave-Maria*, y montó en un carruaje de cuatro caballos, con madama de Podenas, mademoiselle Le Berchu y M. de Brissac.

Llegados á alguna distancia de la puerta de Massa, el postillon recibió orden de detenerse. Estaban en un lugar en que la sombra proyectada por los muros hacian aun mas espesa la oscuridad: el postillon se aprovechó de esta detencion para asegurar los tiros de sus caballos. Un lacayo abrió la portezuela y la duquesa de Berry, M. de Brissac y mademoiselle Le Berchu se apearon. Una camarista de madama de Podenas las reemplazó con su ama que quedó en el carruaje: el postillon no percibió la sustitucion, montó de nuevo en sus caballos y continuó su ruta, mientras que la princesa se dirigia acelerada al sitio en que debia verificarse el embarque.

Una chalupa recibió á la princesa: debian ganar el mar y á cosa de una legua hallarian al *Carlo-Alberto*.

Todo sucedió como se habia esperado, y á eso de las once de la noche, miraron brillar una luz que se aumentaba por grados.

Era la linterna del *Carlo-Alberto*.

A media noche la duquesa de Berry, mademoiselle Le Berchu, el mariscal Bourmont, su hijo Adolfo Bourmont, MM. de Saint-Priest, de Mesnard y de Brissac, subieron á bordo del pequeño buque de vapor en el que se hallaban ya MM. de Kergorlay padre é hijo, M. Carlos de Bourmont, y MM. Ledhuy, Sabbatier y Sala.

El 28 á media noche, fué cuando llegaron á ver el faro de Planier, donde era la cita. La mar estaba borrascosa, pero la duquesa resolvió, á pesar de eso, desembarcar, inquieta por un buque crucero que sabia vijilaba la costa de Carry.

Hízose la señal convenida, que era la de elevar dos linternas; y apenas habia pasado un cuarto de hora cuando un bote, conducido por M. Spitalier, recibia á la duquesa de Berry, despues de cambiar con el *Carlo-Alberto* la contraseña acordada.

En otra época y bajo el dictado del hombre que desenlazó ese drama, y que era un antiguo ayudante de mi padre, he contado con todos sus pormenores, y con el título de: *La Vendée y Madama* esa odisea llena de venturas. He dicho cómo la duquesa de Berry, despues de no haber logrado éxito en su tentativa sobre Marsella, habia pedido hospitalidad á un republicano que se la habia acordado, y despues, de castillo en castillo, deteniéndose de dia y caminando de noche, habia atravesado el mediodía y llegado al Oeste. He pintado como habiendo llegado sin accidente alguno al castillo de Pianac, cerca de Saintes, habia fijado allí la accion de armas para el 24 de Mayo. He manifestado cómo, disfrazada de aldeano y bajo el nombre de *Perico*

fué á buscar un asilo en la quinta de Meslier. He dicho cómo M. Berryer fué á buscarla á aquella quinta, é hizo uso inútilmente de su elocuencia suplicando á la princesa abandonase la Vendée. He contado los combates que fueron consecuencia de tal resolucion, el combate de los Penissieres en que cuarenta y cinco Vandeanos se defendieron valientemente contra un batallon entero, tanto que fué necesario incendiar su fortaleza improvisada. He contado el asesinato de Cathelineau, la ejecucion de Barcher y la muerte de Bonnechose, mi pobre camarada en los baños de Trouville: he seguido á la duquesa huyendo de asilo en asilo y entrando por fin en Nantes vestida de aldeana acompañada de mademoiselle de Kersabiec.

En la noche del 9 al 10 de Junio, supiéronse en Nantes los pormenores del entierro del general Lamarque, y el sangriento efecto que habia producido.

Hablemos del convoy, en el que, comisionado por la familia del difunto, me encargué de colocar á la artillería de la guardia nacional en el lugar que le estaba asignado en el programa de la fúnebre ceremonia.

El general Lamarque habia muerto: hubiera podido decirse que en el gigante duelo entre la oposicion y el gobierno, Casimiro Perier y él habian sucumbido á mutuos golpes.

Los dos implacables adversarios murieron con solo diez y seis dias de intervalo.

En los dias de revolucion todo sirve de pretesto, no solo al odio sino hasta al orgullo de los partidos: la corte habia tenido su dia de triunfo con el convoy de Casimiro Perier, la oposicion iba á tener el suyo con el convoy del general Lamarque.

Este noble soldado habia muerto como habia vivido, con la espada en la mano, y el nombre de la patria en la boca: esa espada que habia unido á sus labios al morir, era la que le habian dado los oficiales de los Cien-Dias. Así es, que

tres partidos se reunían al rededor del féretro del ilustre difunto. Los liberales, los bonapartistas y los republicanos.

Durante el año que acababa de pasar, el partido republicano habia progresado mucho: nadie habia sembrado, y sin embargo el fruto brotó solo. La artillería particularmente, tan dividida en la época del proceso de los ministros, era el 5 de Junio de 1832, cuasi toda republicana.

Por lo demas, el partido habia hecho pocos progresos en la plebe y en el pueblo. La plebe no veía en la república mas que un gorro encarnado en la punta de una pica y la guillotina en la plaza de Luis XV.

El pueblo nada veía aun, y el nombre del sistema político, carecía para él de sentido.

En medio de los hombres inteligentes era donde se hallaba la verdadera fuerza del partido republicano, del que por su parte, se burlaban algunos oficiales y subalternos del ejército, que se dejaban arrastrar instintivamente por las tradiciones del carbonarismo de 1831.

Para muchos, los cuatro sarjentos de la Rochela eran no solo mártires, sino hasta apóstoles.

Así, las reuniones republicanas se multiplicaron: la sociedad de los Amigos del pueblo, sociedad única que existía en la época del proceso de los ministros, habia visto nacer á su lado á la sociedad de los Derechos del hombre, á la sociedad Gálica y al Comité organizador de las municipalidades.

Es verdad que todas estas sociedades, no contando con un gefe poderoso y mal unidas entre sí, si eran poderosas para la iniciativa, eran muy débiles para la direccion.

Al contrario, el gobierno avisado del peligro que le amenazaba por las esplosiones diarias del espíritu público, habia arreglado con anticipacion su plan, y para que no se le cogiese desprovisto como á Carlos X, tenia siempre á la

mano, tanto en Paris como en los alrededores, una fuerza de cuarenta á cincuenta mil hombres.

Desde el dia 4, aunque no habia tomado medida alguna el partido republicano, aunque no hubiese arreglado ningun plan, se adivinaba en esos ardientes átomos que vagan en el aire, precediendo á las tempestades políticas como preceden á las tempestades del cielo, que la fecha del dia siguiente seria una de esas fechas terribles en los anales de la historia.

En la noche se reunieron y trataron de ponerse en orden y de adoptar alguna direccion; pero Carrel, el mas grande escéptico que he conocido en esto de golpes de mano revolucionarios, predicaba la calma y la prudencia: y Bastide, Guinard y Cavaignac no osaban hacerse cargo de nada por miedo de arrastrar á todo el partido en las consecuencias de una inconsiderada tentativa. Nada se decidió, solo que no comenzarian el ataque y que estarian prontos á la defensa.

Se señaló la plaza de Luis XV como punto de reunion.

Cuando llegaron á ella la encontraron guardada por cuatro escuadrones de carabineros.

Dirigiéronse hácia la casa mortuoria, situada en la calle de San Honorato. La calle estaba plena: de los pisos superiores de las casas se veía por un lado á la multitud espesa, estenderse hasta el Palacio Real, y por el otro amontonarse siempre en creciente en la calle Real, en el arrabal de San Honorato y en la plaza de la Magdalena.

Esta multitud se componía de estudiantes, de hombres del pueblo, de antiguos soldados, de diputados, de corporaciones de diferentes oficios de Paris, y de refugiados extranjeros.

Buscábanse inútilmente á los discípulos de la escuela politécnica: el general Tholozé les habia prohibido asistir.

Toda esa multitud temblaba al impulso de las pasiones, mostraba turbaciones súbitas y formaba rumores confusos:

parecía que el cuerpo social experimentaba ese temblor que agita los miembros del calenturiento un instante antes de que caiga en su acceso.

Algunos hombres que llegaban de diferentes rumbos de París, contaban las precauciones tomadas por el gobierno. En Halle-aux-Vins había un escuadrón de dragones: un batallón del 3.º ligero en la plaza de Greve; el 12.º aguardaba el convoy en la plaza de la Bastilla, y los patios del Louvre estaban llenos de soldados. Todo el cuartel que se estiende desde la prefectura de policía hasta el Panteon estaba custodiado por municipales, de los que un fuerte destacamento protegía el jardín de Plantas; en fin, en el cuartel de los Celestinos todo el 6.º regimiento de dragones, estaba preparado para montar á caballo.

En toda la línea de los bulevares, por donde debía pasar el rey, estaban apostados los gendarmes.

Luego que llegó el carro mortuorio á la puerta del general, desengancharon los caballos; unos jóvenes se pegaron al carro para arrastrarlo, mientras que otros, sustituyendo á los empleados de las pompas fúnebres, ponían el cadáver en la tartana.

Hasta que llegaron al bulevar no se pudo establecer algun orden en el cortejo.

Los cuatro cordones los llevaban el general La Fayette, el mariscal Clausel, MM. Laffitte y Mauguin.

El carro estaba empavesado de banderas tricolores y cubierto de coronas de siemprevivas.

Inmediatamente detras del carro venían los miembros de las dos cámaras.

Después los guardias nacionales, armados con sus sables solamente.

En seguida los artilleros con sus mosquetes, pero sin cartuchos: solo los guardias de la bandera los tenían.

Tras de estos los refugiados de todas las naciones con sus banderas.

Después la sociedad de la Union de Julio, con un estandarte de duelo, adornado de crespones y siemprevivas.

En seguida las Escuelas de derecho, de medicina, de farmacia, de comercio, de Alfort; cada una con su bandera con esta leyenda: *Al general Lamarque.*

Todo este séquito se estendió por el bulevar, sin confusión, en buen orden, pero sombrío como un ejército que marcha al combate.

El tiempo era incierto, casi lluvioso; la atmósfera estaba surcada por esas corrientes de aire caliente, que se diría que son relámpagos invisibles y que dicen á las organizaciones nerviosas: He aquí la tormenta.

Hasta que llegaron á la calle de la Paz no experimentó el convoy su primera turbación. Los jóvenes que marchaban delante de la tartana gritaron á los que la arrastraban.

—A la plaza Vendome!

No se había previsto este cambio de camino, que produjo en toda esta inmensa serpiente que llenaba el bulevar con sus anillos y cuya cola tocaba aun en la calle de Saint-Honoré, una agitación y una inquietud que pronto se calmaron cuando supieron la causa que hacía tomar á la tartana la calle de la Paz.

Se quería hacer dar al viejo soldado una vuelta á esta columna, á cuyo adorno había contribuido sin duda con algun cañon enemigo.

Pero á la vista de esta multitud que se acercaba en desorden, la guardia del Estado-Mayor creyó que era una agresión; demasiado débil para resistir, se metió al momento y cerró las puertas del cuartel.

Por su parte, los que conducían el convoy vieron en esta retirada, no su verdadera causa sino un medio de no hacer los honores fúnebres al ilustre muerto.

Al momento la multitud se amontonó delante de la puerta gritando con voz amenazadora:

—Los honores al féretro! los honores militares! los honores al general Lamarque!

Salieron los soldados y presentaron las armas, y la multitud se calmó.

La tartana, arrastrada por los jóvenes, dió la vuelta á la columna y volvió á tomar su lugar á la cabeza del cortejo.

Se habia obtenido lo que se queria de la autoridad militar, y esta concesion habia producido su efecto, es decir, habia exaltado los espíritus.

El convoy volvió á tomar su marcha con este aire victorioso de una multitud que crece con los obstáculos y que acaba de vencer el primero que se le opuso.

En el círculo de la calle de Gramont, se oyó de repente un gran ruido y clamores amenazadores; este ruido y estos clamores los causaba la aparicion del duque de Fitz-James, que miraba pasar el convoy con el sombrero puesto.

Era una estraña provocacion de parte de un hombre tan inteligente como el duque; aunque no hubiera tenido mas que esta religion del féretro que sobrevive á las demas, porque tiene su origen en el egoismo humano, debió verlo pasar con la cabeza desnuda.

Fué tal la esplosion que el duque de Fitz-James tuvo que retirarse.

Esta retirada del ex-par fué acompañada de los gritos de *¡Viva la República!* salidos de las filas de la artillería y bajo los estandartes de los cuerpos de artesanos.

Hácia la puerta de San Dionisio, un gendarme que habia querido hacer un arresto, y que, herido en la cara, lo perseguian cinco ó seis hombres armados de espadas y pistolas, se precipitó en las filas de la artillería.

Esta lo tomó bajo su salvaguardia y le salvó la vida.

Poco mas lejos, otro gendarme llegó hasta las filas del convoy y echó mano á un hombre que acababa de gritar *¡Viva la República!*

Al momento un antiguo oficial, que estaba cerca de este hombre, tomó su defensa, y sacó la espada; el gendarme hizo otro tanto, y se trabó un duelo, ante cien mil testigos.

El gendarme retrocediendo se encontró con la acera y tropezó.

Se precipitaron hácia el oficial que tenia la espada levantada sobre su adversario; lo condujeron á su fila, y en esto se escapó el alguacil.

Eran los diferentes prólogos del drama terrible que se preparaba.

He visto á muchas personas inteligentes que creian en ese momento, que no duraba veinticuatro horas el trono de Julio.

Un jóven, que sin duda comprendia esto, exclamó en medio de un grupo de estudiantes:

—Pero en fin, adonde se nos conduce?

—Pardiez. respondió el condecorado de Julio que conducia este grupo: á la República!

Y despues un poco mas bajo:

—Querido amigo, le dijo, estais convidado á cenar esta noche en las Tullerías.

El pobre muchacho pudo decir como Epaminondas: en casa de Pluton. No se habria engañado.